

Marco NEGRÓN

La conferencia organizada por las Naciones Unidas en junio de este año en Estambul ha tenido como mínimo el mérito de abrir un extenso debate sobre la cuestión de las metrópolis. Y no se trata sólo ni tanto de la importancia de la Conferencia misma, para cuya evaluación cabal será necesario esperar la versión definitiva del documento contentivo de sus conclusiones y recomendaciones. Se trata sobre todo de que ella dio origen a un sinnúmero de conferencias, seminarios y talleres nacionales y regionales, preparatorios al encuentro de Estambul, en los que se debatió el tema con una amplitud que tal vez no tenga precedentes.

Por primera vez en la historia, durante este siglo y particularmente en su segunda mitad, la urbanización se ha convertido en un fenómeno universal, del cual no ha quedado exento ningún continente y quizá ningún país. Hoy, terminando el siglo, un tercio de la población mundial vive en asentamientos de más de 100.000 habitantes, mientras que en 1900 esa cifra alcanzaba apenas al 5,5 por ciento.

Ya éste es un hecho que amerita la más seria reflexión: ¿qué es lo que ha ocurrido en este medio siglo para que, pese a la enorme diversidad de culturas, situaciones económicas y regímenes políticos un fenómeno como la urbanización, en el pasado circunscrito a unos pocos países, se haya difundido con tan pasmosa velocidad a lo largo y ancho del planeta?

Pero las preguntas no pueden quedarse ahí: es necesario tratar de entender además qué tipo de "animal" es ese que llamamos metrópoli. Porque en una cosa parece haber acuerdo: ella no es

EDITORIAL

simplemente una ciudad grande y, por tanto no puede ser entendida, ni gobernada, ni ordenado su crecimiento con los mismos métodos que en el pasado se aplicaron a las ciudades.

Otro hecho que parece irrefutable es la vinculación del fenómeno metropolitano a la globalización de la economía. Esta es sin duda la primera explicación de por qué aquel se ha difundido por todo el mundo en esta segunda mitad del siglo. Pero entonces hay que sacar una segunda conclusión: las metrópolis conforman el mecanismo de inserción de los países en la economía internacional, lo que a su vez permite postular que su calidad —productiva, ambiental y sobre todo cultural— es factor clave en la determinación de la competitividad y los posibles márgenes de autonomía relativa de los países en esta nueva economía globalizada.

En cambio, no parece posible concluir (ni es deseable que ocurra) que tal globalización signifique homogeneización sobre todo en la decisiva esfera de la cultura. Por el contrario, lo que parece enseñar la experiencia de estos años es que estamos en presencia de un proceso simultáneo de globalización y acentuación de las especificidades regionales y locales que, en casos extremos, conduce a peligrosos fundamentalismos culturales y religiosos pero que, en su versión virtuosa, parece ser la única garantía para no terminar desembocando en un "mundo feliz" a la Huxley. Es innecesario, por archiconocidos, citar ejemplos de esas tendencias.

La extraordinaria dimensión territorial y poblacional de las metrópolis (en muchos casos se está hablando de decenas de

millones de habitantes), tanto como su complejidad, han conducido con frecuencia a postular su ingobernabilidad y la necesidad de detener e incluso revertir su crecimiento, en favor de una ocupación "más equilibrada" del territorio. Aparte de ser evidente que las metrópolis llegaron para quedarse, semejante visión del problema lo que revela es que se las sigue entendiendo como si se tratara de ciudades tradicionales más grandes, sin comprender sus especificidades ni sus potencialidades. Hace más de treinta años, contra todas las corrientes en boga entonces y ahora, Jane Jacobs identificó tres de los factores claves que caracterizan las metrópolis:

- Ellas son sistemas de *complejidad organizada*, es decir no son aglomeraciones caóticas ni anarquizadas sino todo lo contrario, sólo que las interconexiones entre sus componentes son múltiples y en extremo complejas y por lo mismo no discernibles con los métodos tradicionales de la estadística o las ciencias naturales.
- Lo anterior se asocia a que ellas están estructuradas sobre la base de una *diversidad integrada*, por lo que su análisis debe partir de lo particular significativo para llegar a lo general y no al revés, como ha sido lo habitual, so pena de perder de vista toda la riqueza que hace a su esencia.
- Ellas son *procesos*, no fenómenos estáticos, por lo cual no pueden ser sometidas a los procedimientos convencionales de planificación que pretenden definir de una vez por todas –al máximo con revisiones periódicas– su imagen final.

El debate generado alrededor de los temas de la Conferencia de Estambul permite reconocer la afirmación de dos tendencias que deben ser apreciadas como nuevas. A lo largo de él se ha consolidado la percepción de que, más allá de sus inocultables problemas, las metrópolis se configuran como poderosos instrumentos del cambio social, pero también que, por su misma complejidad, su gobierno exige a la vez de un elevado grado de consulta y participación de la base y de mecanismos capaces de integrar en el nivel más alto esas realidades y exigencias particulares.

La metrópoli caraqueña, fragmentada en más de una decena de municipios y dos gobernaciones, constituye el problema metropolitano de más urgente atención en el caso venezolano. Ella sin embargo, sobre todo a partir de la liquidación hace aproximadamente un lustro de la Oficina Metropolitana de Planeamiento Urbano, ha venido siendo gobernada con instrumentos escasamente adecuados para dar cuenta de esa diversidad integrada. El fortalecimiento de las autonomías locales a partir de 1989, con la puesta en práctica de la política de descentralización en esos niveles, ha constituido un innegable paso adelante en el reconocimiento del primer elemento de ese par, la diversidad, pero ha complicado considerablemente la posibilidad de alcanzar el segundo, la integración.

No obstante, dos iniciativas actualmente en curso permiten ver el futuro en la materia con un cierto optimismo.

Una de ellas es la creación de una comisión de la Cámara de Diputados para estudiar la reforma de la Ley Orgánica del Distrito Federal, precisamente una de las entidades federales en las cuales está dividida la metrópoli. Lo más importante de este esfuerzo reformador es que él se inspira, precisamente, en la conciencia de la necesidad de crear alguna forma de gobierno metropolitano que, sin afectar las legítimas autonomías municipales, sea capaz de convertirse en la instancia integradora o, cuando menos, estimular su conformación.

La otra se refiere a las actuaciones de la **Fundación Plan Estratégico de Caracas**. Esta, que sin duda deberá cambiar su nombre en el futuro inmediato para referirse a la Caracas metropolitana, nació de una iniciativa de la Alcaldía del Municipio Libertador cuya virtud primera ha sido la de haber logrado integrar entre sus promotores a los ministerios con mayor injerencia sobre el ámbito metropolitano, las grandes empresas de servicios que operan en el mismo, asociaciones empresariales y universidades. Un paso urgente, que ya ha comenzado a darse, es la incorporación de las demás alcaldías involucradas.

Podría objetarse a esta última iniciativa su carácter de institución privada y, por ende, sin real capacidad de decisión sobre el objeto de estudio. Sin embargo, como lo revelan las experiencias de la **Regional Planning Association** de Nueva York a inicios de los años veinte o, en materia ambiental, de **Italia Nostra** a partir de finales de los sesenta, esto puede ser más bien una virtud al ofrecerle las condiciones para convertirse en un foro dotado de la más amplia libertad para la discusión a fondo, sin la presión del corto plazo, de tan complejo tema. Su integración, sobre todo si se logra la incorporación de las restantes alcaldías —lo que debe ser planteado como un objetivo precisamente estratégico— es garantía de que abordará problemas concretos y esenciales en vez de perderse en elucubraciones más o menos sutiles.

Pocos problemas tienen la relevancia de lo metropolitano en el esfuerzo para garantizar el éxito de la transición histórica a la que Venezuela está enfrentada, en su empeño de dejar de ser un país rentista para convertirse en uno productivo que no abandone los objetivos de soberanía, solidaridad social y autosustentabilidad del desarrollo. Los aportes culturales y políticos generados por el debate suscitado por la Conferencia de Estambul y las dos iniciativas a las que se ha hecho referencia permiten suponer que se está embocando la vía correcta en la materia. Sin embargo, la cuestión es lo bastante compleja como para que no se la pueda abordar sin una extendida y profunda discusión en la que tengan cabida gobernantes, ciudadanos, empresarios y especialistas de todas las disciplinas. Lo importante, en todo caso, es que ese debate ya se ha abierto.

Caracas, julio de 1996.